

S E R M O N

PARA EL DOMINGO DÉCIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

*Del estado de vida, y del cuidado de perfeccionarse en él.**Pharisæus stans, hæc apud se orabat: Deus, gratias tibi ago, quia non sum sicut cæteri hominum.**El Fariseo manteniéndose en pie, hacia interiormente esta oracion: Señor, os doy gracias porque no soy como los demas hombres.*

San Lucas cap. 18. v. 11.

Nunca el orgullo, y el espíritu de ambicion se diéron mejor á conocer, que en el exemplo de este Fariseo. Toda su oracion se reduxo á engrandecerse á sí mismo, y dar gracias al Cielo por una ventaja imaginaria que se figuraba tener, pero que en efecto no habia recibido. Porque bien léjos de ser, como él piensa, superior á los demas hombres, su sola presuncion basta para abatirle á los ojos de Dios hasta el último lugar, y hacerle muy inferior al Publicano que desprecia. Aun pudiera pasar segun

San

San Agustin, si se contentase con decir: Yo no soy como algunos hombres; pero diciendo sin excepcion: No soy como los demas hombres, se prefiere á todos en general, y gloriándose él, condena á los demas: *Non sum sicut cæteri hominum*. Veamos qué lugar toma en el templo, y en qué postura se presenta. Quando el Publicano se queda á la puerta, y no se cree digno de pasar adelante, el Fariseo se acerca al Santuario, y llega hasta el pie del Altar; y quando el uno baxa los ojos por respeto, y se postra en tierra, el otro se queda en pie, y levanta la cabeza: *Pharisæus autem stans*. Ved, amados oyentes míos, el carácter de la ambicion: siempre quiere subir, siempre quiere adelantarse, de nada se avergüenza; y sin atender á la indignidad del sugeto á quien inspira deseos de adelantarse, ya sea en la Iglesia, ya en el mundo, no hay proyectos tan temerarios que no le haga concebir, esperanzas tan altas con que no le lisonjee. Atrevida pasion es, y digna de condenarse: por lo que quisiera reprimir sus culpables atentados; pero ántes de proponerme mi designio, recurramos á aquella Virgen, que con su humildad (permitaseme decirlo así) dió principio á la obra de la redencion del mundo, y saludémosla con las palabras del Angel: AVE MARIA.

Efecto es del mas sábio y adorable de todos los consejos, que habiendo criado Dios el mundo, y queriendo establecer en él una Sociedad de hombres, que habian de vivir juntos, y tratar los unos con los otros, distinguiese en él la variedad de estados, señalando á cada uno sus funciones particulares, y sus obligaciones. Segun esta Providencia, hay en el mundo estados superiores y subordinados, ilustres y oscuros, todos dispuestos por la sabiduria divina, y necesarios para mantener sobre la tierra la paz y el buen orden; porque sin esta diversidad que da al uno potestad para mandar, y hace que el otro sirva y obedezca, que hace que aquel se presente con esplendor, y reduce á este á que viva desconocido: qué trastorno no se

vería en el mundo, y qué sería de la Sociedad humana? Pero aun no bastaba esta disposición general de la Providencia, y era menester otra mas particular. Quiero decir, era menester que Dios entre estos diferentes estados, segun sus designios é intentos de predestinacion, señalase á cada uno de los hombres, y le determinase el estado particular á que le llamaba. Y esto es lo que Dios hizo, de tal modo, que no hay hombre que no tenga su vocacion propia, la qual debe procurar conocer bien, y está obligado indispensablemente á seguirla. No obstante esto, Christianos, ved el desórden de la ambicion. Ella nos saca del camino por donde Dios quería conducirnos, y nos hace tomar otro, segun los deseos de nuestro corazon, y el orgullo con que se dexa envanecer: nos inclina á un estado á que no debiamos aspirar, porque es superior á nuestra condicion, y nos hace descuidar enteramente de las obligaciones del estado en que debemos vivir y perfeccionarnos. En dos palabras, que van á hacer la division de este discurso. Queremos ser lo que no somos; de esto he de hablaros en la primera parte. Y no queremos ser lo que somos; de esto os instruiré en la segunda parte. No apeteer ser lo que no es, y trabajar por ser perfectamente lo que es cada uno, es el fundamento de la humildad christiana, y el objeto de vuestra atencion.

PARTE PRIMERA.

El pecado original del hombre es querer ser mas de lo que es; y la Escritura nos enseña, que el primer hombre cayo de aquel bienaventurado estado de gracia en que Dios le habia criado, porque no se contentó con ser lo que era, y procuró ser lo que no era. Si yo hubiera de hablar aqui como Filósofo, tomaria de la doctrina de los Paganos grandes luces para instruirlos en este punto, y persuadirlos. Porque os diria todo lo que dixéron estos Sabios del mundo en favor de la modestia, y os haria ver todo lo que practicáron segun el espíritu y reglas de esta

vir-

virtud. Os citaria sus máximas, y os manifestaria sus exemplos igualmente opuestos á esta infeliz ambicion de querer siempre ser mas, y engrandecerse; y despues de haberlo puesto todo á vuestra vista, concluiria con las elegantes palabras de San Agustin en el libro de la Ciudad de Dios, donde nos dice: Ved, hermanos mios, las semillas y principios de humildad, que se han conservado aun entre la corrupcion de los Paganos: os lo propongo para que os avergoncéis, si sien^{do} Christianos no sois tan modestos, y para que por otra parte no os lisonjeéis de una elevada perfeccion, aunque seais tan modestos como ellos: *Et hæc dico, ut si virtutes quas isti utcumque coluerunt non tenuerimus, pudore pungamur; si tenuerimus, superbia non extollamur.* Así discurría yo: pero hablando con Christianos no debo recurrir á la ciencia de los Paganos para convencerlos de una verdad tan establecida en el Evangelio, y que no tiene solidez alguna sino en nuestra Religion. Parémonos solo en lo que la fe nos dice, y no fundemos sobre otros principios las importantes lecciones que tengo que daros en este discurso.

Si Christianos: la fe es la que debemos oír. Ella nos enseña por todos los oráculos de la Escritura, y por el testimonio de todos los Padres, que nada es mas peligroso, ni mas funesto para la eterna salud, que el apetito desordenado de querer ser mas de lo que es cada uno. Y qué razones dan para esto? Las razones son tan evidentes por sí mismas, que solo el proponerlas os hará ver al instante toda su eficacia: porque si se nos dice, que nada es mas fatal para la salvacion que el deseo de su propia elevacion, es porque nada hay mas difícil que engrandecerse en el mundo, y no olvidarse de Dios y de sí propio; porque en elevándose se carga uno por consecuencia necesaria con infinitas obligaciones de conciencia, con las quales, ó nunca se cumple, ó se cumple muy imperfectamente; es porque para estar en una elevada graduacion

cion

cion son menester unas prendas y virtudes que muy raramente se tienen, y cuyo defecto entonces es culpable: y aun quando se tuvieran estas virtudes, el que solicita un estado mas alto, y con ansia le desea, se hace positivamente indigno de él delante de Dios: tambien es indecencia particular en un Cristiano querer engrandecerse; y este deseo, en fin, es un origen de desórdenes, que destruyen casi inevitablemente la caridad y justicia entre los hombres. Ved las razones que nos subministra la Ley sobre este excelente punto de moral, y cada una de ellas debe ser para nosotros como una demostracion. Atended á mi discurso.

Engrandecerse sin perder de vista á Dios, y sin perder el conocimiento de sí mismo, bien sabéis, hermanos míos, cuán difícil cosa es; y sabéis tambien en qué imposibilidad de salvarse está un hombre que no se acuerda de sí mismo, ni conoce á Dios. Esto hizo temblar á los Santos quando se vieron colocados en los honores del mundo, aun por clara disposicion de la Providencia. Esto inspiraba á San Bernardo unos sentimientos tan distantes de la política del siglo, quando en lugar de felicitar á uno de sus discípulos, que acababa de ser colocado sobre la primera silla de la Iglesia, le manifestaba sus temores y su dolor. Oíd en qué términos le escribía. Es verdad, Santo Padre, que yo he participado exteriormente de la alegría comun de vuestra exáltacion; pero en lo interior de mi corazon he gemido, y me he affligido por causa vuestra: porque no puedo considerar la graduacion que tenéis sin que tema la caída, pues quanto mas eminente es vuestra dignidad, tanto mas espantoso me parece el precipicio. Yo veo lo que sois, y por ello mido quanto tenéis que temer: por qué está escrito, que quando el hombre está con honor se desconoce: *Homo, cum in honore esset, non intellexit.* (a)

Bien

(a) Psalm. 48. v. 33.

Bien léjos de envaneceros con vuestro estado, humillaos con el temor de que quizá algun día os veais obligado á decir con David (aunque tarde ya) Ah Señor! por un efecto de vuestra ira me habeis elevado; y elevándome, me habeis quebrado como un vaso fragil: *Ne forte contingat tibi miserabilem illam emitere vocem: A facie irae indignationis tuae elevans assisti me:* porque si estais en el lugar mas alto, pero no en el mas seguro. Así hablaba San Bernardo con los Grandes de la tierra. Pues si tanto peligro hay en ser grande, juzgad el que habrá en quererlo ser, y desearlo con ansia; porque ser grande no es cosa mala en sí, ni culpable, ni reprehensible: pero sí el quererlo ser. Ser grande, es obra de Dios: pero quererlo ser es efecto de nuestro orgullo. Pues si el ser grandes aun por orden de Dios, es una ocasion tan peligrosa para olvidar á su Magestad, qué será de aquella grandeza que no tiene mas fundamento que la ambicion y el desarrejo del hombre? Esta es, Christianos, la que buscan los hijos del siglo quando con tanto afán y desvelo trabajan por adelantarse en el mundo, y distinguirse en él.

Añadid á esto el peso de las obligaciones con que se carga un Cristiano delante de Dios, quando procura un grado mas alto, y quiere ser mas de lo que era. Porque en esta regla la Providencia jamas ha dispensado, ni dispensará jamas. No hay grandeza alguna en el mundo que no tenga sus obligaciones, y yo entiendo que siempre son obligaciones de conciencia. En esta vida (decia Casiodoro) son cosas inseparables la obligacion, y el poder; la medida de lo que debemos es siempre lo que somos, y lo que podemos. Ser uno mas de lo que era, es tener una obligacion que no tenia. Pues á quién quedo obligado? Primeramente á Dios, y despues á los hombres. A los hombres á quienes domino, y tienen derecho á esperar de mí lo que ántes no hubieran podido pedirme; y á Dios, que es el protector de este de-

recho, y nos juzgará segun hubiéremos cumplido con él, ó no. Luego ser mas de lo que era, es tener que dar una cuenta á que no estaba obligado; es quedar responsable de mil cosas que ántes no me obligaban; es llevar un peso que no llevaba; y qualquiera que piense de otro modo, peca desde el principio, y encuentra en su propia grandeza el peligro de su salvacion. Formad, Christianos, por lo que acabais de oír una justa idea de los estados que dan mas lustre, y de las graduaciones de mas honor en el mundo, por las quales los hombres del siglo están tan apasionados. Pesad en la balanza, no del interes ni del amor propio, sino en la del Santuario lo que es un Prelado en la Iglesia, un Gobernador en una Provincia, un Comandante en un Exército, y un Magistrado en una Ciudad. De qué cuidados no está cargado? A qué no está obligado? Qué vigilancia y atencion no debe á su ministerio? Qué zelo á la Religion? Qué proteccion á la inocencia y á la justicia? Qué exemplo á los que dependen de él? Quántos escándalos no debe cometer? Quántos abusos no debe corregir? Y si á ello falta, qué tesoro de ira (segun la expresion de San Pablo) no junta para el juicio de Dios? Si vosotros, amados oyentes míos, que os hallais engrandecidos de este modo estais bien persuadidos de todo esto, como es fácil estarlo, contaréis entre las ventajas de vuestro estado vuestra grandeza? Y si hubierais tenido todo esto á la vista quando se trataba de vuestros adelantamientos, hubierais trabajado por ellos con tanto afán y fervor? Despues de esto nos admirarémos de que los que sirven á Dios de veras, y estan llenos de su Espiritu, reusen con una humilde desconfianza de sí mismos las elevadas dignidades, cuya vista nos deslumbra? Debe admirarnos si algunos en este punto han llegado con su resistencia hasta el extremo de una santa obstinacion; si se han valido para libertarse de tantos artificios inocentes; si han aparentado una locura prudente; si se han escondido en las grutas y en los sepulcros, como de sus historias lo sabemos; y si han

han querido exponerse ántes á carecer de todo, que aceptar estos titulos honrosos con obligaciones de tanto peso? No Christianos, no me sorprehende esto; lo que me admira es, ver hombres con mucho ménos capacidad que ellos para satisfacer á estas obligaciones, entrometerse en estos cargos con tanto ardor como aquellos mostraron y tuvieron para huirlas. Hombres digo (para servirme de los términos de San Bernardo) que no cuidan mas que en acarrearse cuidados, como si hubieran de hallar el descanso luego que lleguen á poseer lo que es incompatible con el descanso, y lo que le hace culpable: *Tamquam sine curis victuri sint, cum ad curas pervenerit.* Lo que me admira es, ver continuamente hombres ciegos é infatuados con los errores del mundo, correr tras de un empleo, sin saber si tiene cargos de conciencia anexos á sí, ó no: sin haber pensado en ello si quiera, ni querer tomar el trabajo de averiguarlo; ó si lo saben, no dudando sobre este punto; ofreciéndose á todo, con tal que consigan su fin, y prometiéndose-lo todo de sí mismos, sin hallarse en estado de cumplir cosa alguna. Lo que mas me admira es, verlos cargarse sin temor de estas obligaciones, amontonar con alegría unas sobre otras, hasta hallarse oprimidos y agoviarse; ó por mejor decir, no tomar alguna de ellas sino los títulos que las imponen, y de los que no es permitido separarlas. En una palabra; lo que me admira sobre todo es, ver la mayor parte de los hombres, que son algo por su calidad, ser zelosos hasta el extremo en sacar los emolumentos, y en mantener los derechos sin ceder nada; pero en quanto á las obligaciones, ni querer oír hablar de ellas, ni escuchar sin melancolia y disgusto á los que se las hacen conocer, cercenar sí todo lo que pueden, y descuidar en lo que no pueden disminuir. Todo esto es una conducta que la prudencia de la carne aprueba; pero es odiosa y abominable delante de Dios. Esto es lo que me admira, y lo que me da

compasion quando considero los ambiciosos de la tierra. Pero aun no es esto todo.

Para engrandecerse en el mundo, es menester tener qualidades y virtudes proporcionadas á la graduacion á que se aspira: esto es, del órden natural; y de tal modo debe estar adornado de estas qualidades, que las tenga todas sin exceptuar una sola; pues es cierto que el defecto de sola una, inhabilita á un hombre para ser lo que pretende, y por consecuencia puede tambien perderle delante de Dios si llega á conseguir sus designios, de la misma manera que si estuviera despojado de todas. En efecto, casi todos los que se condenan por adelantar demasiado en el mundo, tienen excelentes qualidades aun segun Dios: pero porque les faltaba una, que seria el complemento de la perfeccion de las demas, aunque fuese acaso la ménos importante, todas las otras sin ella viniéron á serle inútiles, y puede bien aplicárseles la expresion de Santiago: *Offendat autem in uno, factus est omnium reus.* (a) Es menester tener las virtudes, no basta la simple capacidad ó disposicion para adquirirlas: porque, no es justo hagamos experiencias á costa de otros, ni á costa de nuestros mismos empleos; y que, como las vírgenes fatuas, empecamos á prevenirnos de acyete para preparar las lámparas quando deben estar prontas y encendidas. Es menester hombres ya hechos, no que se hagan; hombres experimentados, no que se experimenten: *Viros probatos, & non probandos,* dice San Bernardo. Pero los empleos, dicen, hacen los hombres. Este es un error; los empleos deben perfeccionar los hombres, no prepararlos. Es menester que esten ya dispuestos, y el mérito adquirido personalmente es el que debe haber hecho esta preparacion. Sin esto todos los pasos y designios de un hombre en el mundo son otras tantas culpas en los ojos de Dios. Y si no decidme en

ver-

(a) Jacob. 2. v. 10. 29

verdad, de los partidarios de la fortuna y ambicion, de quienes hablo aquí; quién es el que al dar el primer paso para una empresa en que se trata de su adelantamiento, entra en cuentas consigo mismo para calcular y computar con tiempo, y con descanso, si tiene todos los talentos necesarios para el fin que se propone; y qual es el que careciendo de ellos quiera reconocerse, y hacerse á si mismo esta justicia: yo no tengo el mérito que se necesita para ocupar tal empleo? Y quando hubiera bastante conocimiento é integridad para pronunciar contra sí mismo esta sentencia; quién es el que poseído de esta infeliz pasion de ser mas y mas, reprime sus deseos, y se contiene en los límites que le prescribe la vista de su indignidad? No vemos, que los mas imperfectos, y los mas viciosos son los mas eficaces en recurrir al favor y patrocinio? Estos tienen mas actividad, quieren serlo todo, para todo se reputan aptos, se creen superiores á todos, y nada hay que sea elevado para ellos; quando otros, con mas sólido mérito, guardan la debida moderacion en sus deseos. Si solo se tratara, Christianos, de padecer la censura del mundo, y con esto se quedase desempeñado en este asunto, poco importaba. Sábese muy bien, que el arrojo y denuedo acompañado de alguna felicidad puede impunemente inclinarse á todo. Pero se trata de justificar este proceder delante de Dios, que no puede sufrir estos temerarios atentados de la ambicion humana, y que en esto, como en la cosa mas santa de nuestra Religion, quiere que cumplamos el precepto del Apóstol: *Probet autem seipsum homo.* (a) Es decir, que antes de colocarnos debemos probarnos á nosotros mismos, y estar dispuestos y prontos á reprobarnos como inútiles para todo, si con las luces de la gracia llegamos á descubrir que no tenemos el fondo de

ca-

(a) 1. Cor. 13. v. 28.

capacidad que se requiere para el desempeño; como condenaríamos á qualquiera otro de quien supiéramos la misma insuficiencia; porque quiere este Señor, que hasta este punto llegue la rectitud de nuestro proceder, y si nos lisonjamos y engañamos, por esto es, dice San Agustín, por lo que ha establecido un juicio, para humillarnos otro tanto como injustamente nos hubiéremos exáltado, y para hacernos descender á proporcion que hayamos querido subir. Yo intento, pues, convencerlos, de que si obráramos segun los designios de Dios y de nuestra razon, seria esto el gran contrapeso de nuestra vanidad.

Pero Christianos, yo quiero que tengais todo el mérito necesario para ser engrandecidos. No obstante, yo sostengo que luego que buskais esta elevacion, no la mereceis, y que es manifiesta contradiccion desear con ánsia algun honor, y hallarse adornado de todas las qualidades necesarias para poseerle y desempeñarle; y es la razon, porque una de estas qualidades es, que seais humildes, y por consecuencia, que no lo soliciteis. Con efecto, dice San Gregorio Papa, aun quando aconteciese que un empleo grande y honorifico se diese á sugeto benemérito, y fuese bien administrado, con todo es indecoroso desearle y apeteecerle: *Locus porrò superior etsi rectè administratur, tamen indecènter appetitur.* Y esto es tan cierto, que aun los mismos que mas trabajan para elevarse, y entronizarse en el mundo, y que á fuerza de quererlo ser llegan al fin á conseguirlo, quieren hacer creer que ningun empeño han tenido, que nada han trabajado para su logro, y aun procuran persuadir, si pudieran, que han padecido violencia: confesando, añade San Gregorio, lo que debía ser, en lo que quieren parecer. Y aunque el mundo nos engaña con estas apariencias de modestia (porque no se ignora el language de los hombres) estas apariencias siempre subsisten y siempre las conservamos, como si Dios por esta hipocresia inútil que permite en nosotros,

quisiera impedir que la ambicion prescribiese contra la humildad.

Pero qué, me direis vosotros, jamas se permitirá á un hombre del mundo desear ser mas de lo que es? No, amado oyente mio, nunca será permitido el desearlo. Se os permitirá que lo seais quando Dios lo quiera, quando vuestro Rey y vuestro Príncipe os destine, y quando la voz pública os llame á este estado; porque la voz pública y la de vuestro Príncipe es para vosotros la voz de Dios. Pero prevenir esta voz con vuestros deseos, con vuestras solicitudes, y con vuestros artificiosos manejos, es una presuncion intolerable, que camina á trastornar el órden de vuestra predestinacion. Ademas, qué razon hay, Christianos, para atribuirnos lo que el mismo Jesu-Christo no se atribuyó á sí mismo? Jesu-Christo siendo la misma santidad, no quiso emprender hacerse grande, y esperó á que su Padre le hiciese, siendo uno de los elogios que le tributó San Pablo. Aunque en qualidad de Hijo de Dios tuvo un derecho esencial á toda la gloria que recibió, y pudo gozarla sin usurpacion, quiso que otro se la diera, y no procurarla él mismo, para autorizar con su exemplo esta grande ley: *Nec quisquam sumit sibi honorem.* Y nosotros que somos pecadores, y como tales solo merecemos la confusion y el desprecio, vamos tras de los honores del mundo; y sin esperar que nuestro Dios nos llame, nos entrometemos en ellos con una temeridad llena de orgullo. Esto es intolerable, y no obstante se executa; y lo que en sí mismo es intolerable, dexa de serlo haciéndose comun entre los hombres. Se busca el honor abiertamente, se declaran y manifiestan en pretenderlo, se emplea á este fin su crédito, y por lo comun alguna cosa mas; se vanaglorian de conseguirlo; el que tiene mejor conducto pasa por el mas hábil y el mas entendido; y porque todo esto es comun, se figuran que es justo, y que Dios no lo prohíbe. Puede la ceguedad de la culpa conducirnos á exceso mayor?

Por.

Porque al fin, quando todo esto no estuviera condenado en el Paganismo, y quando esta pasion de engrandecerse fuese inocente en sí misma, lo que solo la razon nos ensena no poder ser, cómo podria justificarse en un Christiano? Qué monstruosidad es ver á un Christiano ambicioso, profesando adorar á un Dios humillado y anonadado, ó por mejor decir, que adora en la persona de su Dios las humillaciones y el abatimiento, y en su propia persona es idólatra de los honores del mundo; que sabe que su Dios le ha salvado haciéndose pequeño, y él intenta salvarse haciéndose grande; que da gracias á su Dios porque se abatió por él, y él no tiene otro pensamiento que el de engrandecerse á sí mismo? Cómo puedes tú, amado oyente mio, acercarte á tu Dios con esta disposicion? Cómo puedes orar? Cómo confiar en él? Cómo amarle, viéndole tan contrario á tí, ó viéndote tú tan contrario á él? Toda tu devocion en este estado no es una ilusion, y aun quando hicieras milagros, no debería yo desconfiar de ellos, y tenerlos por sospechosos?

Pero no hay necesidad de llegar á este extremo para reconocer que esta pasion que intento destruir es enemiga de Dios. Los desórdenes que solamente causa en la sociedad de los hombres, son pruebas muy evidentes. Vosotros, Christianos, lo sabéis, y sería en vano que yo os lo refiriese. Una vez que esta pasion se apodere del espíritu, sabéis muy bien el despotismo con que le domina, y hasta donde se dexa llevar para satisfacerla. No hay resorte alguno que no se mueva, artificio que no se ponga por obra, ni accion en que no se haga de persona. Se hace servir á este fin igualmente á Dios, que á la Religion: pues no teniendo por otros títulos nada con que distinguirse, se procura á lo ménos singularizarse por este medio; por él se introducen, y se insinúan; por él se transforman á los ojos de los hombres; de nada que eran llegan á ser alguna cosa; y la piedad que

que debe renunciarlo todo por buscar á Dios, se halla por un trastorno digno de llorarse, útil para todo como no sea para buscar á Dios, y encontrarle. Esta pasion quebranta todos los dias las mas santas obligaciones de la justicia y de la caridad. La concurrencia de dos ambiciosos en la pretension y solicitud de los mismos honores divide los espíritus, mantiene los partidos y las maquinaciones, hace nacer las quejas, produce venganzas y fomenta las mas grandes y violentas enemistades. Ved por lo que se desacreditan, y se despedazan los unos á los otros. Ved de donde nacen tantos enredos y tantas calumnias, que inventa el desco de sobrepujar á alguno, y de alzarse con el empleo de otro. Quién pudiera decir quantas heridas mortales habrá dado esta pasion á la caridad, y cuántos réprobos habrá en el juicio de Dios!

Sin embargo, este es el gran desorden de nuestro siglo. En él se quiere ser todo lo que se puede ser, y aun mas de lo que se puede ser. Esto era lo que San Bernardo lloraba con expresiones, que solo el espíritu de Dios podia sugerirle. Como el Santo tenia mas zelo por la Iglesia que por el mundo, con particularidad se explicaba en lo que pertenecía á la Iglesia. Se tiene á vergüenza y deshonor (decia) el no tener en la Iglesia otro carácter que el de estar consagrado á los Altares: *Nunc esse Clericum erubescitur in Ecclesia*. No se empeñan á servir á la Iglesia sino con la esperanza de dominar en ella, y si no esperan el dominar algun dia, jamas se reducirían á servirla. Lo que el Santo decia de la Iglesia no es ménos verdadero respecto de los demas estados. No hay uno en el que no reyne la ambicion; y se tiene, y pasa por virtud, por nobleza de espíritu, y por grandeza de alma. Esto se les inspira á los niños desde la cuna, y en esto se les instruye desde la juventud. O humildad de mi Dios, qué poco os imitan, aunque sois nuestro modelo! Esa humildad hace toda nuestra perfeccion; y el mundo aun tan per-

vertido como está, no puede negarse á darle este testimonio, porque nada hay tan amado en el mundo como la humildad, ni nada tan estimado como ella; pero al mismo tiempo que no podemos excusarnos de amarla en los demas, no la queremos para nosotros mismos. Nosotros queremos ser mas de lo que somos, y por un segundo desórden no queremos ser lo que somos. Vamos á verlo en la segunda parte.

PARTE SEGUNDA.

Es una verdad, Christianos, fundada sobre las leyes eternas de la providencia, que todos los estados de la vida son capaces de una cierta perfeccion, y que segun la diferencia de estados que dividen el mundo, hay en él perfecciones diferentes que adquirir. Quando Dios crió todas las cosas, dice la Escritura que hizo de ellas como una revista general, y que despues de haberlas contemplado muy bien, no hubo una á la qual no diese su aprobacion. Todas le parecieron, no solamente buenas, sino muy buenas, esto es perfectas; porque le pareció que todas eran lo que debian ser, y que estaban conformes á la idea que en hacerlas habia tenido: *Viditque Deus cuncta que fecerat, & erant valde bona.* (a) No es creible que los estados y condiciones de los hombres, que aun son con mayor nobleza las obras de Dios, hayan tenido en esto ménos ventaja, ó por mejor decir, ménos parte en su sabiduría y bondad. Dios les dió igualmente que á todas las demas criaturas el carácter de perfeccion que les era propio, y si estos estados nos parecen ahora defectuosos, desarreglados, y corrompidos, como con efecto lo estan, no es por lo que Dios ha puesto en ellos, sino por lo que nosotros les hemos añadido. Porque si los

(a) Genes. 1. v. 31.

consideramos en sí mismos, no hay alguno que no tenga su perfeccion en la idea de Dios, y que no deba tenerla en nosotros. Así digo, Christianos (y ved aquí la excelente máxima que Dios me ha inspirado proponeros para la conducta de vuestra vida) que toda la prudencia del hombre, aun en el asunto de su salvacion, se reduce á estas dos cosas principales, á adelantar en la perfeccion de su estado, y á evitar toda otra perfeccion que sea contraria á ella, ó que le impida su exercicio. Estando tan ilustrados como estais en las cosas del mundo, debeis estar mas convencidos que yo de la importancia de estas dos reglas.

Es menester adelantar en la perfeccion de su estado, y esto es lo que Dios quiere de nosotros; porque á este fin únicamente nos ha preparado sus gracias, porque en esto solo consiste nuestra santidad, y porque á ello por consecuencia está unida nuestra predestinacion. Podemos tener motivos mas poderosos para persuadir nuestro espíritu, y para mover nuestro corazon? Dios quiere esto de nosotros, y nada mas. Si estuviéramos sujetos á sus órdenes, no seria preciso pararse en esto? Quando San Pablo instruí á los primeros fieles en las obligaciones del Christianismo, una de las mas grandes lecciones que les daba era la de examinar cuidadosamente, y procurar reconocer bien, y no á primera vista, lo que Dios queria; es decir, lo que era mejor, y mas agradable á sus ojos: *Ut probetis que sit voluntas Dei bona, & bene placens, & perfecta.* (a) Pero por lo que toca á mí, Christianos, y por lo que toca á la mayor parte de vosotros, me parece que no tenemos que hacer sobre este punto largas investigaciones, porque por mas perfecta que sea la voluntad de Dios respecto de mí, estoy seguro de que la conozco, y que sin que se me tenga por temerario puedo vanagloriarme de que estoy instruido de sus designios, pues me

(a) Rom. 12. v. 2.

es evidente que Dios no me pide mas que una cosa; y es que yo sea lo que soy, y lo que yo mismo he querido ser. Verdad es esta tan constante (escuchad esto, que puede servir de algun alivio para las ciencias) verdad tan constante digo, que aun quando por desgracia hubiera yo abrazado un estado sin ser á él llamado por Dios, desde el instante que estoy ligado por necesidad, y que ya no está en mi libertad salir de él, la voluntad de Dios es, que en él me perfeccione, y que repare el desórden de la eleccion ciega, y poco christiana que hice: todo lo que no es esto, aunque haga quanto quiera, no es ya la voluntad de Dios. Aunque sea lo que resplandece mas á los ojos de los hombres, lo que estos estiman, lo que causa mas ruido en el mundo; y aunque parezca en sí mismo mas digno de alabarse; pero finalmente, ello es lo que yo quiero, y no lo que Dios quiere; y es la razon, porque es una cosa fuera de mi estado. Quál es, pues, en Dios la voluntad que San Pablo llama de complacencia, y de perfeccion? *Voluntas Dei beneplacens, & perfecta*? Ya os lo he dicho, Christianos, esta voluntad es, que cada uno en el mundo sea perfectamente en el mundo lo que es; que un Rey sea perfectamente Rey, que un Padre haga perfectamente el oficio de Padre, un Juez el oficio de Juez; que un Obispo exerza perfectamente el ministerio de Prelado, que todos caminen por el camino que les está señalado, que no se confundan en modo alguno, y que los unos no se entrometan en lo que es de la inspeccion de los otros; porque si esto fuera, y cada uno quisiera reducirse á ser lo que debia ser, se puede decir que el mundo seria perfecto.

Pero porque se vive de distinto modo, y al exemplo de aquel Filósofo de quien habla Minucio Felix, se quiere arreglar la virtud, y aun la obligacion por el capricho de la inclinacion y del humor; que es decir, porque no se tiene cuidado alguno en ser cada uno lo que es, y se trabaja eternamente para ser lo que no es, de aquí nace esta confusion y mezcla, que

turba, no solo toda la conducta del mundo, sino los designios de Dios sobre nosotros, cosa que debemos temer mucho. De esto era de lo que San Bernardo representaba muy bien las consecuencias en ciertas personas, que en una profesion santa y dedicada á Dios, se entregaban á cosas puramente profanas, y llevaban una vida del todo secular. Qué haceis vosotros, les decia, y á qué os exponéis pasando así los límites que Dios os ha prescrito? El Apostol os dice, que cada uno resucitará en su estado; pero cómo podrá ser que vosotros resuciteis en el vuestro, quando no observais alguno? Y qué se puede esperar de vosotros, sino que habiendo vivido en el desórden, resuciteis algun día en el desórden? Excelente idea es esta, amados oyentes míos, de muchos Christianos de este tiempo, que no son, ni del mundo, ni de la Iglesia, porque no se ligan perfectamente ni á lo uno, ni á lo otro; piensan hacer alguna cosa, y propiamente nada hacen, porque no executan lo que les está mandado por Dios.

No obstante, Christianos, para este fin solo nos ha preparado Dios con sus gracias, y si nos prometemos socorros de su misericordia, es únicamente para la perfeccion de nuestro estado: porque seria un error muy grosero creer, que todo género de gracias se daba á todos. Como Dios es igualmente sábio que bueno, en la distribucion de sus tesoros observa el peso, número y medida con que la Escritura nos enseña que todo lo ha hecho, y no nos destina otras gracias que las que son conformes y proporcionadas á nuestra condicion. Esta es la Teologia expresada de San Pablo en mil lugares de sus Epístolas. Hay diversidad de gracias (dice este gran Apóstol) y segun esta diversidad hay diversidad de operaciones sobrenaturales, aunque siempre por la influencia de un mismo Espíritu, que todo lo obra en nosotros. Y así como el ojo no tiene virtud para oír, ni el oído facultad para ver, no suministrando la naturaleza fuerza á estos dos órganos, sino para la accion que

que les es propia; del mismo modo Dios, que ha hecho de su Iglesia un cuerpo místico, no dispensa sus gracias á los hombres, que son los miembros de ella, sino con respecto al ejercicio á que cada uno está destinado. Da la gracia de mandar á aquel que debe mandar, y la de obedecer al que debe obedecer. La gracia de direccion es para los Sacerdotes y Pastores de las almas, y la de sumision para los Pueblos que recurringen á su conducta y gobierno, y así de los demas. Es, pues, de fe, que nunca haremos cosa buena sino aquella para la qual nos concede Dios su gracia, y que todo lo que emprendemos fuera de la extension y límites de esta gracia, por mas apariencia que tenga de bueno, nos será inútil. Con que si aquel que tiene la gracia de ser conducido, quiere mezclarse en conducir y dirigir, como sucede muchas veces, á mas de que nada hace de lo que piensa, porque no tiene gracia para este fin, cae sin advertirlo en el pecado de la presuncion, y tienta á Dios, ó pidiéndole esta gracia que no tiene derecho á pedirle, ó presumiendo hacer sin gracia lo que esencialmente es obra de la gracia. El corrompe esta obra de la gracia, y esta obra así corrompida, léjos de perfeccionarle, causa un efecto contrario en un todo, porque las buenas obras hechas fuera del estado, no sirven sino á inspirar orgullo, pasion á su propio dictámen, y otras mil imperfecciones; porque no proceden del principio de la gracia, sino de nosotros mismos; pero quando se practica en el estado de cada uno, llevan consigo una bendicion particular de santidad para el que las hace, y de exemplo para los demas.

Porque no hemos de esperar, Christianos, hallar jamas santidad en otra parte, sino en la perfeccion de nuestro estado. En esto consiste, y los mas grandes Santos no han tenido otro secreto que este para llegar á tan eminente grado. Ellos no se han santificado por haber hecho cosas extraordinarias que no se esperaban de ellos: han llegado á ser Santos, porque han hecho bien

bien lo que tenían que hacer, y lo que Dios les prescribia en su estado. El mismo Jesu-Christo, que es el Santo de los Santos, no quiso seguir otra regla que esta. Aunque era superior á todos los estados, ciñó, si no su santidad, á lo ménos el ejercicio de ella á las obligaciones de su estado, y la qualidad de Dios que en sí tenía no le impidió á acomodarse en todo al estado de hombre. Era hijo, y como tal quiso obedecer: Era Judío, y en nada faltó á la ley de los Judíos; y porque esta ley prohibia enseñar ántes de la edad de treinta años, aun siendo enviado de Dios para predicar el Reyno de los Cielos, se mantuvo hasta la edad de treinta años sin darse á conocer, conteniendo todos los ardores de su zelo, ántes que manifestarse de un modo que no fuese arreglado, ni conforme á su estado: siendo esta la única razon que nos dan los Padres del 1.º rgo retiro de este hombre Dios. Esta es la razon porque San Pablo (de quien no hago aquí mas que extractar los pensamientos) exhortando los Christianos á la santidad, venia siempre á parar en esta máxima: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est.* (a) Que cada uno de nosotros, hermanos míos, se santifique en el estado á que ha sido llamado por Dios. Por esto este gran Maestro de la perfeccion christiana, instruido por el mismo Jesu-Christo, encargaba tan de veras á los de Corinto, que no afectasen el exceso de sabiduría, que se aparta de la verdadera sabiduría, y que fuesen sábios con sobriedad: *Non plus sapere, quam oportet sapere; sed sapere ad sobrietatem.* (b) No porque quisiese poner límites á la perfeccion y santidad de aquellos primeros fieles, pues estaba muy léjos de ello, sino porque aquellos primeros fieles no fuesen á buscar la santidad y perfeccion donde no la habia, quiero decir, fuera de su estado; pues esto es propriamente lo que significa la intemperancia de sabiduría

(a) 1. Cor. 7. v. 20. (b) Rom. 12. v. 3.

ría de que habla San Pablo: intemperancia digo, no en lo que es propio de nuestro estado, pues es cierto que nunca podemos ser bastantemente perfectos en él, sino intemperancia en lo que es fuera del estado en que Dios nos ha puesto, porque querer ser perfectos de este modo, es querer demasiado, y dexar enteramente de serlo.

Cuál es el medio, pues, de corregir en nosotros esta intemperancia? Vedlo aquí reducido á tres palabras, con que concluyo, y contienen un fondo inagotable de moralidades. El medio es deshacernos de ciertos falsos zelos de perfeccion, que nos preocupan, y nos impiden tener la solida y verdadera. Me explicaré. El medio es cortar de raíz el zelo de una perfeccion chimérica, é imaginaria, que no espera Dios de nosotros, y que nos aparta de la que Dios nos exige; de moderar el zelo ansioso de la perfeccion de otros, que nos hace descuidar de la nuestra, y que conservamos mucho por lo comun con perjuicio de la nuestra. Pero sobre todo, reformemos el zelo pagano que tenemos de ser perfectos é irreprehensibles en nuestro estado, segun el mundo, sin trabajar en serlo segun el Christianismo, y segun Dios. Poned cuidado: Digo que cortemos de raíz el zelo de una perfeccion chimérica; así llamo á la que nos figuramos en ciertos estados en que no nos halláremos jamas, y cuyo pensamiento no sirve sino de mantener el disgusto de aquel en que nos hallamos. Si yo fuera esto, ó aquello (decimos) yo serviría á Dios con alegría; no pensaría mas que en él, y me ocuparía seriamente en trabajar para mi salvacion. Este es un error, Christianos; si fuéramos esto ó aquello, lo haríamos peor que lo hacemos, porque no tendríamos las gracias que tenemos, que son las gracias que todo lo pueden, y deben hacerlo todo en nosotros, y con nosotros. Dios da gracias en la Corte, que no daría fuera de ella; y gracias en el gobierno, que os negaría en qualquier otro estado. Llamo perfeccion chimérica

ca la que nos conduce á hacer lo bueno á que no estamos obligados, y á omitir lo que debemos hacer; pues hay Christianos que practican devociones singulares, y se dispensan de las obligaciones comunes; como por exemplo hacer limosnas por una cierta compasion natural mas que por caridad, y no pagar sus deudas, á que la justicia y la conciencia les obliga. Este es el zelo que se debe cortar de raíz, y este es el que se debe moderar: Este es un zelo ansioso de la perfeccion de otro, al tiempo mismo que se descuida de la suya propia. Se quisiera reformar á toda la Iglesia, y no se reforma uno á sí mismo. Se habla como si todo el mundo estuviera perdido, y como si no hubiera en él nadie perfecto sino nosotros. Ah! amados oyentes míos, cuídemos de nosotros mismos; y un defecto que enmendemos en nosotros nos será mas útil y ventajoso, que excesos grandes corregidos en el próximo.

Pero lo que sobre todo tenemos que arreglar y componer es el falso zelo, que nos hace tan atentos á nuestra propia perfeccion segun el mundo, y abandonamos todo el cuidado de nuestra perfeccion segun Dios; como si el hombre de bien y Christiano debiera ser cosa distinta entre nosotros; como si todas las qualidades que tenemos, no debieran ser santificadas por el Christianismo; y como si no nos fuera mil veces mas importante adelantarnos para con Dios, y agradarle, que no agradar á los hombres. Ah! christianos, practiquemos la gran doctrina de San Pablo, que es hacernos perfectos en Jesu-Christo; supuesto que nunca lo seremos sino en él, y por él. Todas las Sectas de los Filósofos han hecho hombres vanos, soberbios, pagados de sí propios, é hipócritas; pero un hombre perfecto es la obra grande de la Religion; ni hay otra que pueda conducirnos á una felicidad perfecta, y eternidad dichosa, que es la que os desco, &c.